

El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

THE PROCESS OF THE EXPERIENCE IN JOHN DEWEY'S PHILOSOPHY: SMART, CREATIVE AND DEMOCRATIC ACTION

Horacio Héctor Mercau*

Fecha de recepción: 24 de marzo del 2012

Fecha de aceptación: 4 de junio del 2012

RESUMEN

La filosofía de John Dewey tiene como columna vertebral la noción de experiencia. En el siguiente trabajo se considera a la experiencia como un método para hacer filosofía y un compromiso que da fundamento a todo el proyecto filosófico de Dewey. La experiencia le permite conectar lo cognitivo y lo afectivo de manera natural. La investigación inteligente y la creación y apreciación del arte son dos modos en que podemos guiar el curso de la experiencia a mayor profundidad de significado desde sus propios recursos. En el ideal de la democracia se hace más gruesa la descripción general de la manera ideal de participar en la experiencia, que es debatida, inteligente y estética. Por esta razón, su filosofía de la experiencia sirve como una forma de reinterpretar los ideales democráticos.

Palabras clave: experiencia, método, fe, democracia.

ABSTRACT

John Dewey's philosophy has the notion of experience as backbone. The following paper regards experience as a method for doing philosophy, and a compromise grounding the entire philosophical project made by Dewey. Experience allows connecting cognition and affection in a natural way. Smart researching and arts creation-appreciation are two modes to guide the progress of experience to a deeper level of meaning and from its own resources. The ideal way (the general description) of making part of the experience –which is argued, smart and aesthetic– becomes stronger in the ideal of democracy. For this reason, Dewey's philosophy of the experience works as a manner of interpreting democratic ideals.

Keywords: Experience, method, faith, democracy.

* Doctorando en Filosofía y profesor de Lógica del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Correo electrónico: horacio.mercau@gmail.com

INTRODUCCIÓN

Dewey llegó a pensar que Darwin y la nueva biología proporcionarían una perspectiva más concreta y rica de la experiencia humana. Le interesaba de Darwin la consideración de la vida y la experiencia como proceso. La experiencia implica la capacidad de experimentar, sufrir, actuar y consumir. La experiencia puede estar investida de significado y emoción, así como de dirección. Toda experiencia se da en una *situación*, tiene una función *vital* y por esta razón es *experimental*. En la experiencia se integran, adquiriendo *unidad* y *sentido*, las diversas esferas de la actividad humana. La experiencia, lejos de contraponerse al pensamiento o a la inteligencia, mantiene una relación de mutua dependencia y retroalimentación con la razón. La experiencia está llena de *inteligencia* y puede fundarse en ella. Este nuevo tipo de conocimiento al que llega la inteligencia es *instrumental*, en donde el comienzo y el final se hallan en las cosas de la experiencia cotidiana. A partir de ello, han dicho que toda experiencia, que valga la pena, es intrínsecamente cognoscitiva; que otros modos de objetos experimentados tienen que ser probados universalmente mediante la reducción en términos de objetos conocidos. Pero la inteligencia en su sentido más general, tiene una función constructiva, *creativa*. El individuo es el portador de la inteligencia creativa, el autor de la acción y de sus aplicaciones. Si nos formamos ideas generales y las ponemos en acción se producen consecuencias que, en caso contrario, no se habrían producido. En estas condiciones, el mundo será diferente a como habría sido si la inteligencia no hubiera intervenido. Semejante consideración confirma la importancia humana y moral de la inteligencia y de su actuación reflexiva y creativa dentro de la experiencia. Por ello, Dewey considera que el ejercicio de una *acción inteligente* y *creativa* nos conduce a un modo de hacer que la experiencia sea inteligente.

Dewey hace frente al desafío de reconstruir la filosofía reconstruyendo el concepto de *experiencia*. La nueva visión de la experiencia nos proporcionará un punto de partida y un procedimiento para reconstruir la filosofía. A través de este procedimiento podremos conectar lo cognitivo y lo afectivo de una forma natural. En este procedimiento se *interpenetran* dos formas de guiar el curso de nuestra experiencia a mayor profundidad de significado y expresión: la *deliberación* como ensayo imaginario y la *obra de arte* como creación y consumación. Es la fase cognitiva de la experiencia la que puede conducirnos a un examen *crítico* de la experiencia para articular y justificar nuestras obligaciones, de manera que podamos *decidir inteligentemente* lo que deberíamos hacer en situaciones concretas. Es la fase estética de la experiencia la que nos manifiesta los modos de actividad inherente e *inmediatamente gozables*, plenos de sentido y valores que disfrutamos,

y también las auténticas *consumaciones* y cumplimientos de nuestros fines-en-perspectiva. Además, la *democracia* es un modo de vida en el cual la unidad y la pluralidad se manifiestan en una *tensión y equilibrio* necesario para el desarrollo de la experiencia. En la democracia como en el arte vemos que la resistencia y el conflicto siempre han sido factores de su generación.

LA DIRECCIÓN INTELIGENTE DE LA EXPERIENCIA

Dewey nos dice que la racionalidad es un asunto que tiene que ver con la relación entre medios y consecuencias. La racionalidad medios-fines nos capacita para evaluar fines en términos del costo de los medios requeridos para obtenerlos. De esta manera Dewey intentaba reivindicar la fisura entre el *es* y el *debe* que se sigue de la dicotomía entre hecho y valor o entre experiencia y razón y que ha conducido a graves crisis morales en la que los hechos se separan de los valores y la ciencia se divorcia del comportamiento moral. En el núcleo de estas divisiones hay una defectuosa noción de experiencia. La experiencia se concibe de tal manera que nunca puede proporcionar una base suficiente para guiar el comportamiento social y moral. Esta es una razón por la cual el concepto de experiencia debe ser reconstruido. Los seres humanos no descubren lo que deben hacer contemplando simplemente lo que es y lo que ha sido. Lo que Dewey nos propone es que un examen *crítico* de la experiencia es la base para articular y justificar nuestras obligaciones, de manera que podamos decidir inteligentemente lo que deberíamos hacer en situaciones concretas.

En “La lógica de los juicios de la práctica”, Dewey (1915)¹ desarrolla las bases de este análisis crítico de la experiencia. Aquí analiza la naturaleza y forma de la confirmación de criterios prácticos en general. El autor se abre en un intento de refutar la presunción de que las decisiones sobre lo que es preciso hacer difieren en especie de aquellos juicios de hecho, en donde las primeras son hipotéticas. Dewey sostiene que los fallos de hecho son todos condicionados por la aceptación de los diversos presupuestos, por lo general no explicitados, acerca de los procedimientos adecuados para la afirmación de una observación como “hecho” y para la confirmación de esas afirmaciones. Por tanto, sostiene que, “En el sentido explicado todas las proposiciones que son descubrimientos

¹ Primera publicación en el *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 12, 1915, pp. 505-523, pp. 533-543. Revisada y reimpressa en *Essays in Experimental Logic*, Chicago: University of Chicago Press, 1916, pp. 335-442. “The Logic of Judgments of Practice” (MW 8, pp. 14-82) podría describirse mejor como una versión revisada y ampliada considerablemente de la versión de “Logical conditions of a Scientific Treatment of Morality” (MW 3, pp. 3-39). Primera publicación en *Investigations Representing the Departments, Part II: Philosophy, Education*. University of Chicago, *The Decennial Publications, first series*, 3, pp. 115-39, Chicago: University of Chicago Press, 1903.

o constataciones seguras, todas las proposiciones categóricas, serían hipotéticas, y su verdad coincidiría con su probada consecuencia efectuada mediante una actuación inteligente” (MW 8, p. 22).

Siguiendo con este análisis crítico de la experiencia también aborda el tema de los valores. Los “valores” se entenderán análogos a los “hechos”. Ahora bien, hay que tener cuidado de una mala interpretación de su posición. En primer lugar, los valores, como hechos, deben ser vistos como *constructos*, no como elementos de inmediato o directo conocimiento. Al igual que en el pasado, las observaciones se habían confundido con sensaciones, hechos con versiones no confirmadas o anécdotas; así también, Dewey sostiene, que los valores se han confundido con lo inmediato y con la irreflexiva instancia del gusto. Contra todo esto escribe lo siguiente:

El presente trabajo tomó la posición expresada por Hume, en las siguientes palabras: “la pasión es una existencia original, o, si se quiere, la modificación de la existencia; y no contiene ninguna cualidad representativa, que hace de ella una copia de cualquier otra existencia o modificación. Cuando yo me enojo en realidad poseo una pasión, y la emoción no tiene más una referencia a cualquier otro objeto que cuando tengo sed, o estoy enfermo, o estoy a más de cinco pies de altura” (MW 8, p. 24).

La experiencia se da, relativamente hablando, de manera inmediata y directa como respuesta subjetiva a una situación, a la par con las experiencias subjetivas de los sentimientos, como oír, oler. Dewey sostiene que esas experiencias nunca constituyen conocimientos. La experiencia inmediata transforma la aprensión en una “observación”. Esa observación es meramente anecdótica hasta que se haya confirmado por otro proceso intelectual (leyendo un termómetro por ejemplo, en el caso de sentir calor). Solo después de dicha confirmación la observación se convierte en un “hecho”. Por tanto, aunque uno puede haber sentido calor antes de que realmente lo hubiera comprobado con un termómetro, no fue un hecho (es decir, conocido). Puesto que los hechos son intelectuales, no pueden existir antes de que hayan sido construidos. Del mismo modo, Dewey sostiene, un valor habla sobre la bondad, la belleza, la eficiencia o rectitud. Un hecho determinado viene, se crea solo como resultado de una serie de procesos intelectuales. Así como en Dewey, nada es un hecho hasta que se haya verificado, nada es o puede tener un valor hasta que no haya sido creativamente evaluado.

En este proceso, las cosas se vuelven valores, algo que no poseían antes de, a pesar de que tenían sus eficiencias. En cualquier riesgo de choque, esta

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

doctrina debe estar expuesta en toda su desnudez. Juzgar un valor consiste en involucrarse en instituir un determinado valor en caso de que ninguno sea dado (MW 8, p. 35).

Los valores al igual que los hechos, son revisables. En situaciones en las que determinados valores que se presentan a sí mismos como consecuencia de las anteriores consideraciones, los valores pueden ser revisados, rechazados, falsificados o confirmados a la luz de los acontecimientos posteriores. Lo que había sido hasta ahora considerado como algo bueno, puede en adelante considerarse bueno solo con ponderación.

Lo que descubrimos mediante un ensayo dramático de nuestras opciones en una situación problemática no son “valores” o “mercaderías” o “males” (excepto o a menos que alguna de estas opciones hayan sido valorados en ocasiones anteriores). Lo que uno descubre es simplemente la propia respuesta subjetiva a la situación. Aprendemos cuáles son las opciones atractivas, repelentes, o indiferentes ante nosotros. Pero hasta que nuestras opciones no sean racionalmente sopesadas, valoradas, no tienen ningún valor. En el caso de situaciones específicamente morales y sus opciones, serán evaluadas en términos de sus posibilidades de servir como constituyentes de una buena vida y el carácter estableciendo una teoría moral principal y generalizaciones intermedias del tipo que Dewey habla en la *Ética* (1908). Ángel Manuel Faerna (1996) sostiene que

en el valor se da una conexión inteligente entre el contenido actual de la experiencia, las hipótesis sobre la sucesión objetiva de los fenómenos y las actitudes que gobiernan la conducta. La valoración es el conjunto de las operaciones de las que depende este proceso, y el valor simplemente su resultado, no una realidad antecedente que se pueda constatar a la manera en que se constatan las cualidades sensibles (p. 178).

Los valores intervienen en cualquier situación en que sea necesario ajustar conscientemente *experiencia y conducta*, es decir, en cualquier forma de *acción inteligente*. Todo juicio que sirva para determinar la acción pertinente en una situación dada es un *juicio de la práctica*. La tesis de Dewey, en la que ninguna opción tiene un “valor” hasta que no hayan sido “valorados”, era por lo menos un comienzo del instrumentalismo de su teoría ética. Como Dewey observa lo que él llama “valoración” se ha caracterizado tradicionalmente como:

Con frecuencia se supone, sin embargo, que la valoración es un proceso de aplicar algún fijo o determinado valor a los diversos productos de la

competencia de una situación, lo que supone una previa valoración estándar de valor y consiste en comparar diversas mercancías con el estándar como el valor supremo. Esta hipótesis requiere de examinación. Si es buena, priva a la posición que ha sido tomada, de cualquier validez (MW 8, p. 36).

En otras palabras, nos permite valorar nuestras opciones en una situación problemática porque ya sabemos lo que es de gran valor. Todo lo que tenemos que hacer es determinar si nuestras opciones son de valor, o cuán bien o mal, servirían como medio para lo que sabemos que es de valor. Cualesquiera que sean nuestras propias teorías del valor, nunca más se volverá a dar el caso que la reflexión sobre la información obtenida de nuestras opciones se traducirá en el descubrimiento o la justificación de un valor intrínseco. Si uno analiza la teoría moral de deliberación de Dewey desde esa perspectiva, puede concluir naturalmente que esta teoría permite elegir entre opciones únicamente por su valor instrumental.

Ahora bien, la sola interpretación instrumentalista de la teoría moral de deliberación de Dewey, pierde de vista el punto central de su postura: el rechazo de la tesis de que podamos saber en principio, al menos, lo que valoramos intrínsecamente antes de posibilidades de acción. Dewey rechaza la presunción de que, en principio, es posible determinar, mediante un análisis puramente *a priori* de la naturaleza humana y de sus propiedades esenciales, lo que la vida o el carácter ideal serían, en términos de que determinados cursos de acción podrían ser evaluados. Antiguas teorías del conocimiento, por ejemplo, explican la capacidad de uno para identificar un árbol como miembro de una especie determinada en virtud de la posesión de un modelo ideal o concepción de que determinadas especies de árboles, con las que el actual modelo se compara. Asimismo, fue en virtud de la posesión de un modelo ideal o concepción de un determinado tipo de árbol que se podría evaluar la calidad de un determinado modelo en términos de su conformidad o disconformidad con el tipo ideal. Pero como Dewey señala, estas teorías del conocimiento han sido abandonadas desde hace tiempo por las nuevas ciencias físicas. Ha llegado el momento de que las ciencias morales hagan lo mismo. Afirma que,

[a]vanzar hasta la proclamación del dogma de modelos o formas como normas de conocimientos había sido derrocado. Sin embargo, tenazmente se bloquea a una doctrina parecida en la moral por temor de caos moral (MW 8, p. 44).

Como antes dijimos, la propuesta de Dewey es la de un examen *crítico* de la experiencia para articular y justificar nuestras obligaciones, de manera que

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

podamos decidir inteligentemente lo que deberíamos hacer en situaciones concretas y problemáticas. A menudo se da el caso de que las situaciones problemáticas que uno encuentra pueden resolverse haciendo referencia a los juicios o normas de valor referidas a la situación misma. Pero no se deduce de ello que no hay nunca un momento en que los agentes tienen que construir sus valores deliberadamente. Tampoco se sigue que sus construcciones de valores sean diferentes de sus construcciones de hechos sobre los objetos físicos. Por el contrario, Dewey insiste, que uno y el mismo método se utiliza en cada caso:

Un tercer cambio importante que resultaría de este trasplante del método experimental del campo físico al humano afectaría a la significación de los criterios, principios, reglas. Se reconocería que los criterios, principios y reglas y todas las opiniones y creencias sobre el bien y los bienes no son más que hipótesis. En lugar de representar algo rígidamente fijo, serían tratados como instrumentos intelectuales que tienen que ser puestos a prueba, y modificados en su caso, según qué consecuencias acarrea el ponerlos en práctica (LW 4, p. 221).

Para Dewey, el conocimiento de un objeto físico es el conocimiento de las operaciones mediante el cual el objeto puede ser producido. Por analogía, el conocimiento de los valores extremos o valiosos de acción, es el conocimiento de las operaciones en las que los valores extremos pueden ser construidos. Creer, por ejemplo, que los seres humanos evolucionaron a partir de especies animales inferiores no es saber que lo hicieron, a menos que se conozca también algún tipo de mecanismo que pueda haber dado el cambio. De manera parecida en Dewey, creer que una determinada meta u objetivo es un valor, un valor final de la acción, es no conocer a este, a menos que se conozcan los medios suficientes para lograr ese fin. No es de extrañar que en nuestras creencias sobre nuestros valores extremos, cuando están en situaciones problemáticas, sean radicalmente alteradas cuando consideramos lo que en la práctica está implicado en su búsqueda. Significa que no son meros instrumentos para la realización de los fines. Significa definir y constituir fines, tanto como la selección natural de los rasgos genéticos define y constituye una evolución biológica.

Para una moderna teoría científica de la ética, como Dewey la concibe, los medios y los fines deben ser recíprocos. Por otra parte, no solo son los medios implicados en su realización; *fines son medios* para la realización de proyectos concretos que constituyen la base de nuevos proyectos. Como resultado de ello, la decisión de identificar un determinado acto o evento en una vida como un “medio” o como un “final” es como la decisión de incluir a un evento en particular en una

cadena de eventos como una “causa” o un “efecto” apropiado para ciertos propósitos y adecuados para otros. En realidad, nada es exclusivamente uno u otro.

En la *Ética* (1908) de Dewey y Tufts², vemos que el supuesto fin de la acción humana, la buena vida, no puede concebirse como una cosa, evento o estado. Más bien, debe concebirse como una serie, una serie de desafíos a superar dando lugar a nuevos desafíos. Cada nuevo final es un edificio de nueva construcción, el resultado de un proceso de investigación y el descubrimiento de los materiales y las oportunidades de la circunstancia, sujeto a confirmación. Como es natural, entonces, cualquiera sean nuestros fines, ellos han sido o están próximos a ser, y tendremos motivos para desear que sean armónicos y estables, y a la vez flexibles y personales y socialmente enriquecedores. Esta concepción de la ética nos enseña a pensar de forma racional y crítica en conflictos y valores inconmensurables.

Veamos algunas de las ideas centrales de esta *ética*. Ellas nos serán de utilidad para aclarar algunos puntos centrales. Fiel a su vocación naturalista, Dewey incardina la actividad moral en el marco del desarrollo, o crecimiento, de la conducta humana en su evolución histórica. En relación con ello utiliza la siguiente distinción: 1. La actividad puramente instintiva. 2. La atención, es decir, la fase de dirección consciente o el control de la acción por medio de la imaginación (la deliberación, el deseo, la elección). 3. El hábito, o la actividad inconsciente que presupone acciones previas.

Para Dewey el aspecto consciente ocupa, por un lado, un lugar intermedio entre los reflejos y las actividades automáticas y, por el otro, las actividades habituales adquiridas. La actividad instintiva no puede denominarse moral o inmoral, es sencillamente amoral. La conducta moral aparece en la segunda fase, pero solo en su aspecto generativo, en su hacer. El objetivo de ese hacer es el hábito, y esto en tanto si hablamos de un individuo como de una sociedad. Por esta razón, sostiene Dewey, que el hombre moral construye con el tiempo ciertos hábitos de igual forma que la sociedad establece ciertas normas y ciertas leyes. Pero dado que ni el hombre ni la sociedad se mueven en un mundo invariable,

² “Dewey llevaba mucho tiempo interesado en presentar su concepción de la ética en la forma de un manual —aunque un manual con opiniones tan marcadas también podría haberse llamado un tratado. Su anterior *Outlines of a Critical Theory of Ethics* de 1891 (EW 3, pp. 237-388) respondía a esa idea, pero pronto consideró que no era del todo satisfactorio. De él dijo que había recibido un poco de lo que se llama crítica favorable y más o menos la misma cantidad de lo contrario: ‘el modo actual de ver las cosas tiene tal peso [...] que no le aseguró ningún éxito al libro’ (Carta de Dewey a James del 10 de mayo de 1891, en R. B. Perry, p. 517). Y a duras penas habría podido pronosticarle un éxito mayor al siguiente, *Studies in Ethics* de 1894, al que llamó ‘un programa’ preparado ‘primeramente para el uso y la guía de mis propios estudiantes’ (EW 4, p. 221). De modo que, por algunos años, los planteamientos de Dewey en ética probablemente fueron conocidos solo por sus artículos tempranos y relativamente cortos. La *Ethics* de 1908 le permitió preservar y enriquecer el contenido de esos artículos con recolecciones de sus textos anteriores, y exponer su posición de una manera más sistemática. Fue el trabajo de un hombre cercado por más ideas de las que podía expresar con claridad; pero aun así consiguió dar expresión a las intuiciones prácticas que siempre le guiaron” (Charles Stevenson, MW 5, p. X).

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

nuevas situaciones se presentan y generan conflictos con los hábitos arraigados y las leyes y normas prescritas. Por lo cual los hábitos y la legalidad social únicamente pueden ser provisionales. Por este motivo, el análisis de Dewey se interesa específicamente por la etapa de *deliberación*, la fase de la consciencia moral activa o reflexiva. En este estadio es donde vemos a la inteligencia operante desarrollar nuevas respuestas, cada vez más ajustadas a la situación. Este movimiento permanente, cuyo resultado son grados progresivamente más altos de conducta consciente o acción inteligente, presenta tres características fundamentales: 1. Es un *proceso de justificación e idealización*: la razón es un medio para señalar otros fines y un elemento de la determinación de aquello que se busca. 2. Es un *proceso de socialización*, por el cual la sociedad fortalece al individuo a la vez que lo transforma. 3. Es un *proceso* por medio del cual la conducta deviene objeto de reflexión, *valoración y crítica*.

La segunda de las características, que enfatiza en la naturaleza social de los fines y objetivos preferidos por el sujeto, resulta medular para la concepción que tiene Dewey de la ética, y no es sino una consecuencia de su naturalismo psicológico: su concepción general de la conducta humana en *interacción*. El individuo aprende en el proceso de madurar que no existen actitudes exclusivamente privadas o que no necesiten ser juzgadas, valoradas y compartidas socialmente.

El análisis teórico refuerza la misma lección que da la historia. Nos dice que la cualidad moral reside en las disposiciones habituales de un agente; y que consiste en la tendencia de esas disposiciones a asegurar (u obstaculizar) valores que son compartidos o compatibles socialmente (MW 5, p. 383).

Las reacciones autónomas de un agente frente a las instituciones y hábitos establecidos, lejos de considerarse en el esquema de Dewey como una nota de individualismo, son necesarias a los fines del progreso social. Recordemos que el avance desde sociedades donde priman las respuestas habituales instituidas, hacia sociedades civilizadas en las que el bien común es parte del bien del sujeto, necesita de un individuo reflexivo. Porque del sujeto del que da cuenta Dewey es un sujeto socializado o, si se quiere un sujeto con límites tan difusos que sus actitudes propias están ya enmarcadas en una actitud general de compromiso con el bienestar comunitario.

Si como acabamos de ver, el momento constituyente del pensamiento ético —no del mero actuar conforme a reglas dadas— viene dado por la pregunta reflexiva en torno a *qué es deseable hacer*, el objeto de análisis no puede ser otro que aquel razonamiento o investigación que permitirá a un agente obtener opiniones éticas de manera reflexiva, distanciándose así del mero automatismo impulsivo

o de la conformidad ciega con la costumbre. Dicho razonamiento o investigación está esquematizado en la idea de “ensayo imaginario” (*dramatic rehearsal*), que podríamos decir es la pieza medular en el método de la ética que desea promover Dewey:

La deliberación es en realidad un ensayo imaginativo de diversas líneas de conducta. Damos salida, *en la mente*, a algún impulso; probamos, *en la mente*, algún plan. Siguiendo su curso a través de varios pasos, nos encontramos en la imaginación en presencia de las consecuencias que se producirán; y entonces, según nos gusten esas consecuencias y las aprobemos, o nos disgusten y las desaprobemos, hallamos bueno o malo el plan o impulso original (MW 5, pp. 292-293).

Para Dewey el *ensayo imaginario* es la única forma de razonamiento o investigación que tiene cabida en la ética. El ensayo imaginario nos obliga a reflexionar sobre estas tres instancias: 1. ¿Cuáles son los medios de que disponemos? 2. ¿Qué efectos colaterales acompañarían el empleo de esos medios? 3. ¿Qué efectos se seguirían del fin mismo una vez alcanzado?

De esta manera, las causas como los efectos del fin intervienen de manera determinante en la deliberación de la que el fin es resultado; es decir, el fin escogido podría ser otro *si* se modifican los medios que tenemos a nuestra disposición para producirlo, o las relaciones que aquellos mantienen con otros ingredientes de la situación susceptibles de agradarnos o desagradarnos; y *si*, una vez alcanzado, la nueva situación que materializa vuelve a ser disfuncional y requiere de una nueva deliberación, esto es, si se tiene en cuenta su propia condición de medio para otros fines ulteriores.

Lo que Dewey está recomendando es una norma acerca de cómo deberíamos deliberar. Y el *ensayo imaginario* proporciona un método para obtener opiniones valorativas, un método de razonamiento, un método para hacer filosofía, dado que requiere un individuo que prevea consecuencias. Este método en el que la deliberación, como *proceso de justificación e idealización, socialización, valoración y crítica*, desempeña un papel fundamental, es un camino que nos conduce directamente hacia una *acción inteligente*. Es una norma basada en la apreciación de las virtudes requeridas por la investigación científica. Él propone que estos mismos rasgos deberían ser desarrollados para la toma de decisiones morales y sociales. La concepción que Dewey tiene de la ciencia y de la valoración no es una dimensión aislada de su pensamiento, sino que han de entenderse en el marco de su concepción de la naturaleza como transacciones naturales interpenetrantes que poseen sus propios fines.

El instrumentalismo es una consecuencia directa del giro naturalista que Dewey imprimió a su pensamiento y que tiene su origen en el terreno de la psicología. El instrumentalismo moral de Dewey es la contraposición de *medios* y *finés*, subsidiaria de la contraposición de hechos y valores, la que tiene que ser objeto de una reconceptualización que elimine su dualidad, de acuerdo con su naturalismo. Debemos pensar en el *organismo interactivo* ante todo como una instancia que siente y actúa en una situación más amplia. Actividad sensorial y actividad motriz son inseparables: lo que el organismo experimenta determina sus movimientos y su conducta observable, al mismo tiempo que esta produce en él experiencias nuevas. Pero el organismo humano, a diferencia de otros organismos, es capaz de dirigir el proceso intencionalmente a través de una investigación inteligente. El ser humano no solo siente, sino que también piensa, y el contenido de lo que piensa determina también su comportamiento. Esta *unidad de comportamiento* es el eje de su perspectiva naturalista. Este análisis funcionalista nos permite entender el comportamiento como una unidad en la que sujeto, objeto y entorno están dados de una sola vez y evolucionan conjuntamente. Ahora bien, todos los organismos tienen intenciones cuando actúan, pero solo el organismo humano tiene fines que dirigen su acción para transformar inteligente y creativamente las situaciones indeterminadas. Tanto las intenciones como los fines responden a un deseo de satisfacción en la experiencia. Y es la deliberación como *ensayo imaginario* la que nos proporciona un método propicio por el cual el individuo prevé las consecuencias de toda *acción inteligente y creativa* que realiza en la experiencia.

LA PRODUCCIÓN, PERCEPCIÓN Y APRECIACIÓN DE LA EXPERIENCIA

Hemos realizado un examen *crítico* de la noción de experiencia de Dewey. Esta confluencia en el todo de situaciones en que transcurre la experiencia de los individuos, constituye la columna vertebral del pensamiento de Dewey. A esta podríamos denominarla como una *ética de la investigación*, la cual es la base para articular y justificar nuestras obligaciones, de manera que podamos tener una *acción inteligente* en situaciones concretas. Todo este análisis nos conduce a las ideas de Dewey sobre la comunidad democrática. El espíritu científico se hace efectivo en nuestra vida social y moral en el marco de la vida compartida de la comunidad. Pero antes de profundizar en esta cuestión, detengámonos en la dimensión estética y creativa de la experiencia. Podemos aproximarnos a la teoría deweyana del *arte* y de la *experiencia estética* al tomar parte en su dialéctica con

la filosofía griega. Aunque los filósofos griegos mostraron una alta apreciación de la dimensión estética de la vida.

La filosofía griega, así como el arte griego, es un monumental deleite de lo que está acabado, en medio de un mundo de tensión, lucha e incertidumbre, precisamente en aquello que, una vez que está acabado, no nos entrega a los inseguros azares de lo que está todavía en marcha (LW 1, p. 78).

Dewey considera que son culpables de haber confundido categorías estéticas y racionales. En el capítulo anterior vimos que Dewey critica la noción de experiencia que tenían los griegos. Su crítica apunta a la distinción entre lo práctico y lo teórico. Lo práctico, sobre todo en Aristóteles, designa las artes de hacer y de fabricar, mientras que lo teórico se relaciona con el conocimiento y en última instancia con el conocer como contemplación. El tipo más elevado de conocimiento es la contemplación de los universales. El proceso de conocer se consuma en la contemplación pura de la realidad.

Al mismo tiempo conserva la sustancia del clásico desprecio por lo práctico en contraste con lo teórico, aunque formulándolo en un lenguaje algo diferente, en el sentido de que el conocimiento trata con la realidad objetiva tal como ella es en sí, mientras que en lo “práctico” está la realidad objetiva alterada y trastornada cognoscitivamente por factores subjetivos de deseo, emoción y esfuerzo. Sin embargo, en su elogio del arte, deja de advertir el lugar común observado por los griegos —que las bellas artes, lo mismo que las tecnologías industriales, son “cosas” de la práctica— (LW 1, p. 267).

Dewey considera que lo griegos confundieron el goce inmediato de la dimensión estética de la experiencia con el conocimiento o con la experiencia cognitiva. Los griegos hipostasiaron objetos de goce inmediato, convirtiéndolos en realidad trascendente. En el trasfondo de sus ideas sobre conocimiento como contemplación, se halla la metáfora epistemológica del espectador, que ha dominado gran parte de la filosofía y que Dewey siempre se encargó de criticar. Dewey reemplazó este modelo de conocimiento por otro que funciona mediante la marcha de la investigación autocorrectiva.

El desarrollo de la ciencia experimental ha transformado la escena intelectual de Dewey. La lección más importante que hay que aprender de este desarrollo es que la distinción griega entre teoría y práctica ya no se sostiene. La ciencia experimental nos ha enseñado que el conocimiento científico es una forma de

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

actividad, una práctica (un arte). La teoría deweyana de la investigación ha girado en torno a este cambio fundamental, constituyendo un intento de articular los modos en los cuales el *conocimiento es un arte*. La teoría del conocimiento como contemplación y la práctica o el arte como algo limitado a formas más bajas del hacer o del fabricar es una distinción insostenible. Según Dewey, si las implicaciones de la nueva manera de entender la investigación y su papel en la vida humana fueran completamente desarrolladas, se vería entonces que la ciencia es un arte, que el arte es una práctica y que la única distinción que vale la pena trazar no es la que hay entre la práctica y la teoría, sino la que hay entre las formas de la práctica que no son inteligentes, no directamente susceptibles de que se las goce, y las que ahora están saturadas de significaciones de las que se goza.³

Cuando alborée esta visión, será un lugar común el que el arte —la forma de actividad grávida de significaciones susceptibles de que se las posea y goce directamente— es la acabada culminación de la naturaleza y que la “ciencia” es en rigor una sirvienta que lleva los acontecimientos naturales a su feliz término. Así desaparecerían las separaciones que conturban al pensamiento actual: la división de todas las cosas en naturaleza y experiencia, de la experiencia en práctica y teoría, arte y ciencia, del arte en útil y bello, ancilar y libre (LW 1, p. 269).

Si la noción de práctica o arte puede ampliarse hasta incluir no solo aquello que los griegos reconocían como arte, sino también el arte de saber en todas sus variedades, entonces qué lugar queda para el disfrute contemplativo de fines que los griegos consideraban como la forma más elevada de conocimiento. Para Dewey los griegos estaban en lo cierto al apreciar la importancia de las consumaciones, del disfrute estético directo de cualidades inmediatas. Pero estas cualidades no son expresiones de una realidad trascendente, ni este disfrute es una forma de conocimiento. Las consumaciones, y el disfrute directo de la cualidad estética, deben entenderse dentro del movimiento de la experiencia, un movimiento que va desde los conflictos que emergen en el transcurso de los procesos de experiencia hasta las perfecciones y las consumaciones de estas. Estos son los fines

³ Cabe aclarar que en la experiencia primaria y directa, los objetos se presentan como lo que es gozado, como existencia cualitativa en su individualidad irreductible, y son inmediatamente gozados en la medida en que se presentan como términos concluyentes de un proceso temporal, como fines. La actitud implícita en esta evaluación es estética en el sentido más amplio de la palabra, de goce inmediato. Esos objetos que representan los puntos terminales de los procesos de la naturaleza y que se representan al hombre como cualidades o valores para *gozar*, son fugaces e inestables, oscilan al borde de la desaparición en el momento en que aparecen. Precisamente por ello la vida del hombre está hecha, aparte del *regocijo* (goce estético, bellas artes), también de *trabajo* (arte productora de lo útil). Los fines naturales se convierten para el hombre en objetos de esfuerzo, en los fines prácticos intencionalmente perseguidos como valores que es preciso realizar.

o consumaciones dentro de la experiencia. Son fines naturales y no fines fijados en un determinado marco. Son fines realizados a través de la transformación directa de la experiencia.

Pensamiento, inteligencia, ciencia, es el dirigir intencionalmente los acontecimientos naturales hacia significaciones susceptibles de que se las posea y goce en forma directa; este dirigir —que es arte en acción— es él mismo un acontecimiento natural en que llega a ser plenamente ella misma la naturaleza, de otra suerte parcial e incompleta, por manera que los objetos de la experiencia consciente constituyen, cuando están escogidos reflexivamente, el “fin” de la naturaleza (LW 1, p. 269).

Aquí lo artístico ha sido tomado desde una perspectiva *genérica*, en la que estos conceptos son aplicables a toda experiencia, ya sea predominantemente intelectual o práctica. Cualquier actividad que es simultáneamente productiva y estética, instrumental y consumativa, es arte. Arte es algo que es a la vez un suceso natural y la compleción (acción y efecto de completar) de la naturaleza. Al respecto Dewey, en *Experiencia y naturaleza*, define al arte como la unión del aspecto genérico, reiterativo y estable de la naturaleza con su aspecto incompleto, incierto y particular: es la unión de la necesidad y la libertad.

Primeramente, pues, es el arte una unión luminosa del aspecto genérico, reiterativo, ordenado y estable de la naturaleza con su aspecto de cosa incompleta, en marcha y por ende todavía incierta, contingente, nueva, particular; o como han declarado con verdad ciertos sistemas de teoría estética, aunque sus palabras no tengan fundamento ni alcance empírico, una unión de la necesidad y la libertad, una armonía de lo múltiple y lo uno, una reconciliación de lo sensible y lo ideal (LW 1, p. 270).

El arte es una *actividad* en la que se dan simultáneamente *medios* y *consecuencias*, el proceso y el producto, lo instrumental y lo final. Y subrayar esta separación con miras a exaltar lo final, no define ni interpreta el arte, ni la experiencia.

La tradicional separación entre ciertas cosas como medios y otros simples fines es un reflejo de la existencia aislada de clases trabajadoras y clases ociosas, de una producción que no tiene carácter de consumación y de un consumo que no es productor. Esta división no es un *simple* fenómeno social. Encarna la perpetuación en el plano de la humanidad de una

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acció

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

división entre la necesidad y la satisfacción que pertenece a la vida animal (LW 1, p. 276).

Dewey llama a esta distinción entre lo instrumental y lo final, *el problema de la experiencia*, pues todas las actividades inteligentes de los hombres, lo mismo si se expresan en la ciencia o en las bellas artes que en las relaciones sociales, tienen por tarea el convertir los lazos causales, las relaciones de sucesión, en una conexión de medio-consecuencias, en significaciones. La tarea acabada es el arte y en este es todo común entre los medios y los fines.

Siempre que los llamados medios se quedan en externos y serviles, y los llamados fines son objetos de que se goza sin percibir, antes ignorando o negando su ulterior comisión causal, es la situación una prueba positiva de las limitaciones del arte. Semejante situación de “cosas” constituye un problema *no* resuelto, a saber, el de convertir las relaciones físicas y en bruto en conexiones de significaciones características de las posibilidades de la naturaleza (LW 1, p. 277).

En esta *actividad* o proceso que es el arte, el fin es un fin-en-perspectiva, y está en constante y acumulativa reactualización a cada etapa del movimiento de avance. Ya no es un punto terminal, externo a las condiciones que llevaron a este; es la significación en continuo desarrollo de las tendencias presentes —las mismas cosas que en cuanto dirigidas llamamos “medios”—. El proceso es arte, y su producto, no importa en qué etapa se le tome, es una obra de arte.

La importancia de la posición de Dewey respecto a la dependencia mutua de lo artístico y lo estético en toda experiencia puede ser clarificada tomando en consideración su afirmación de la continuidad entre medios y fines. Como antes vimos, Dewey critica la distinción entre medios y fines, al considerar que los primeros son totalmente independientes de los segundos; medios y fines no se refieren a diferentes grados de realidad, sino que se refieren a la misma realidad que es concebida desde diferentes perspectivas. Para Dewey el fin-en-perspectiva es un plan que opera *simultáneamente*, seleccionando y disponiendo medios. Los medios son el fin en su presente estado de realización. El fin-en-perspectiva está presente en cada etapa del proceso como *significación* de los medios. Sin su presencia informante, no son medios, sino simples condiciones externas.

Ahora bien, ¿cuál sería el objetivo de este análisis de medios y fines y cómo se relacionaría, la correlación medios-fines con lo artístico y lo estético? Para Dewey algunos de nuestros problemas sociales y prácticos más profundos reflejan una separación artificial entre medios y fines. Dewey creía que la separación

entre medios y fines podría superarse si el ser humano encontrara en lo que hace un goce, una satisfacción y una relevancia estética mayor. La vida y la experiencia se pueden hacer más artísticas y estéticas cuando se produce una genuina interpretación de medios y fines; esto es, cuando no tratamos a los medios como si fueran meras necesidades externas, sino como modos de actividad inherente e inmediatamente gozables, plenos de sentido y valores que disfrutamos, y también cuando los fines no son simplemente puntos finales que alcanzar en un lejano futuro, sino auténticas consumaciones y cumplimientos en los cuales se integran los medios.

Cuando Dewey publicó *El arte como experiencia* (1934) regresó a una pormenorizada consideración de las artes, del papel de lo artístico y de los aspectos estéticos de la experiencia, pero ya habían estado presentes a lo largo del desarrollo de su teoría de la experiencia, sobre todo en *Experiencia y naturaleza* (1925). Si no comprendemos la función de estos asuntos en su pensamiento, perdemos de vista el sentido de toda la filosofía de Dewey. En *El arte como experiencia* (1934), Dewey retomó la cuestión de la experiencia, al reformular los fundamentos de su posición a través del tratamiento del ritmo y la interpenetración en las fases instrumentales y finales o de consumación de la experiencia, o lo que es igual a la relación medios-fines.

Ahora bien, no solo puede entenderse toda investigación y toda vida como arte, como una *acción inteligente y creativa* sino que la *cualidad estética* no se limita a un tipo especial de experiencia: impregna a todas. Hay una fase consumativa de la investigación científica de la misma manera que la hay en la valoración deliberativa. Toda experiencia integral, todo aquello que sea distintivamente *una* experiencia, se dirige hacia una clausura, un final, un cumplimiento.

Tenemos *una* experiencia cuando el material experimentado sigue su curso hasta su cumplimiento. Entonces y solo entonces se distingue esta de otras experiencias, se integra dentro de la corriente general de la experiencia (LW 10, p. 42).

Por otro lado, en *El arte como experiencia* (1934), Dewey definió a la *experiencia estética*. Una experiencia estética, como cualquier otra forma de experiencia, no es una corriente privada de conciencia, sino una interacción objetiva entre una criatura viva y su entorno. Por tanto, deberíamos esperar que no haya líneas de división entre la experiencia estética y otros modos de experiencia. Los patrones rítmicos del cambio y del reposo en la naturaleza y en el cuerpo del hombre constituyen las raíces de la ley de la experiencia estética. No solo hay una continuidad genética entre las experiencias estéticas y otros tipos de experiencia,

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acció

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

como la intelectual o práctica; también hay que reconocer que estas últimas tienen ellas mismas cualidades estéticas, y que las primeras incorporan algún pensamiento o actividad. Lo que dota a una experiencia del carácter que esta experiencia tiene, ya sea estético, práctico o intelectual, es alguna cualidad *pre-dominante* y no una cualidad exclusiva.

Una experiencia tiene una unidad que le da su nombre, *esa* comida, *esa* tempestad, *esa* ruptura de la amistad. La existencia de esta unidad está constituida por una *cualidad determinada* que impregna la experiencia entera a pesar de la variación de sus partes constituyentes. Esta unidad no es ni emocional, ni práctica, ni intelectual, porque estos términos denominan distinciones que la reflexión puede hacer dentro de ella. Al discurrir *acerca* de una experiencia, debemos hacer uso de estos adjetivos de interpretación (LW 10, p. 42).

Al recordar una experiencia después de que ha sucedido, podemos encontrar que una propiedad más que otra fue dominante, de manera que caracteriza la experiencia como un todo. Una experiencia predominantemente intelectual cuando deje de atender al modo en que todos los pasos del proceso se adaptan uno al otro, y perciba cómo ellos conducen los significados que se van sumando a una conclusión cuya cualidad en último término revela el significado del punto de partida de la investigación, y la experiencia pasará a ser *estética*.

Una experiencia de pensamiento tiene su propia cualidad estética. Difiere de aquellas experiencias que son reconocidas como estéticas, pero solamente en su materia. La materia de las bellas artes consiste en cualidades; la de la experiencia que lleva a una conclusión intelectual son signos o símbolos que no poseen una intrínseca cualidad propia, pero que sustituyen a cosas que pueden, en otra experiencia, ser experimentadas cualitativamente [...] lo estético no se puede separar de modo tajante de la experiencia intelectual, ya que esta debe llevar una marca estética para ser completa (LW 10, p. 45).

Una experiencia predominantemente práctica es *artística* cuando el resultado percibido es de tal naturaleza que sus cualidades efectivas han controlado su producción. El acto de producción que está dirigido por el intento de producir algo que pueda ser disfrutado en la experiencia inmediata de su contemplación tiene cualidades que una actividad espontánea o incontrolada no tiene.

Puede darse un ejemplo general, si imaginamos una piedra que rueda por una colina para tener una experiencia. Su actividad es con seguridad suficientemente “práctica”. La piedra arranca de alguna parte y se mueve, según las condiciones se lo permitan, hacia un lugar y estado donde pueda quedar inmóvil, es decir, hacia un fin. Agreguemos, con la imaginación, a estos hechos externos que la piedra mira hacia delante con el deseo de un resultado final; que se interesa por las cosas que encuentra en su camino, las cuales son condiciones que aceleran o retardan su movimiento en relación a su término; que actúa y siente respecto a ellas según les atribuya la propiedad de impulsarla o detenerla y que, al llegar al final, relaciona este con todo lo que sucedió antes, como la culminación de un movimiento continuo. Entonces la piedra tendría una experiencia dotada de cualidad estética (LW 10, p. 46).

Desde este punto de vista, lo *artístico* como producción y lo *estético* como cumplimiento y consumación son conceptos aplicables a toda experiencia. Por esta razón, podemos decir que la experiencia es una *acción inteligente y creativa que tiende a su consumación*. Es más, en la filosofía de Dewey encontramos la regla de que toda experiencia debería ser más artística y estética. Las experiencias en las que pensamos como distintivamente estéticas difieren de otras experiencias en grado y no en tipo. Ni lo práctico ni lo intelectual son enemigos de lo estético. Sino lo mediocre; el relajamiento de los fines; la sumisión a la convención en los procedimientos prácticos e intelectuales. Toda *experiencia integral* se mueve hacia un término, un fin, ya que cesa solamente cuando sus energías activas han hecho su propia labor. Esta clausura es lo opuesto a la suspensión. La lucha y el conflicto pueden ser gozados en sí mismos, aunque sean dolorosos, cuando son experimentados como medios para desarrollar una experiencia; son parte de esta porque la impulsan, no simplemente porque están allí.

La *cualidad estética* redondea una experiencia hasta completarla y darle unidad en términos emocionales. Las emociones son cualidades cuando son significativas de una experiencia compleja que se mueve y cambia. Las emociones están unidas a acontecimientos y objetos en su movimiento. La emoción pertenece a una certeza del yo, pero pertenece al yo que se ocupa en el movimiento de los acontecimientos hacia un resultado deseado o no deseado.

Saltamos instantáneamente cuando nos asustamos, o nos ruborizamos en el instante en que nos avergonzamos. Sin embargo, el temor y la vergüenza no son, en este caso, estados emocionales. Por sí mismos no son nada más que reflejos automáticos. Para hacerse emocionales deben convertirse en

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acció

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

partes incluidas en una situación duradera que implica ocuparse en los objetos y sus resultados. El salto de temor se hace temor emocional cuando se encuentra o se piensa que existe un objeto amenazante al cual debemos enfrentarnos o escapar de él. El rubor se hace emoción de vergüenza cuando una persona relaciona, en su pensamiento, una acción que ha ejecutado con una reacción desfavorable de otra persona (LW 10, p. 49).

Ahora bien, ¿cuál es la diferencia y semejanza entre una experiencia y una experiencia estética? Una experiencia tiene cierta cualidad estética; sin embargo, estas experiencias son predominantemente intelectuales o prácticas, más que distintivamente estéticas, a causa del interés y el propósito que las inician y las controlan. En cambio, en una experiencia distintivamente *estética*, determinadas características, que son subordinadas en otras experiencias, son aquí dominantes; las que se subordinan sirven de control, es decir, son las características en virtud de las cuales la experiencia es una experiencia integrada y completa por cuenta propia. Una experiencia estética puede acumularse en un momento, únicamente cuando el clímax del proceso anterior llega con un movimiento tan demarcable que lo absorbe todo, haciendo olvidar el resto. “Lo que distingue a una experiencia como estética es la conversión de la resistencia y la tensión, de las excitaciones que tientan a la distracción, en un movimiento hacia un final satisfactorio o inclusivo” (LW 10, p. 62).

En toda experiencia estética tenemos una *forma* que es su organización dinámica y un *material* que es constituido por medio de la interacción. La percepción directa y unificada no es instantánea. Podemos tener un sentimiento a primera vista, pero ese sentimiento no es aún una percepción estética. No tenemos una experiencia estética hasta que no se cumplan ciertas condiciones ulteriores que siguen a esa experiencia. Estas condiciones pueden establecerse de una forma general. Dewey enumera algunas de ellas, tales como la *continuidad*, la *acumulación*, antes de que tenga lugar la percepción estética actual y completa hay una acumulación de efectos sensoriales y significados, que muestran coherencia entre sí, y que llevan a alguna otra cosa; la *tensión* o *resistencia*: en algún punto de ese proceso de acumulación surge una tensión o resistencia debido a la sugerencia de contrastar u oponer patrones de coherencia. Estos puntos de tensión son focales de la comprensión del arte, ya que ellos crean las dificultades; la *conservación*: la conservación y modificación del criterio de desarrollo original, así como las tensiones, son necesarios, tanto más cuantos más elementos se tengan que asimilar. La obra de arte no puede finalizar inesperadamente con una pregunta a menos que sea lo que se desee conseguir como cierre; la *anticipación*: el descubrimiento de la forma estética requiere una anticipación de cómo el de

algo va a completarse; y la *satisfacción*: el cumplimiento de la anticipación es la fase más elevada de la experiencia estética. La percepción es aquí más rica porque incorpora es sí todo lo que se ha observado previamente y las funde en una intensa, única y significativa experiencia (LW 10, p. 62). Entonces, no hay un punto final en la apreciación de una obra de arte; la obra sigue adelante y es, por tanto, un medio al mismo tiempo que un fin en sí misma.

A partir de esto podemos decir, por un lado, que la obra de arte organiza los medios materiales que pertenecen al mundo público y común, es decir, en ella se dan la forma y el material de una experiencia estética. El artista comienza con una visión personal, pero consigue expresarla a sí mismo y a los demás por medio de lo que él hace. La posesión de forma estética es objetivamente determinable cuando se le da un *significado* específico a las condiciones generales que un objeto debe reunir para llegar a ser objeto artístico. Por otro lado, las propiedades que pueden descubrirse en una obra de arte no son inherentes a sus materiales. Lo que se percibe no está en el objeto, ni es el sujeto, sino en la *relación* (interacción) interna entre ambos. A partir de ello podemos decir que el material de la experiencia estética es social. Al respecto en *El arte como experiencia* (1934) dice que

el material de la experiencia estética en el ser humano —humano en conexión con la naturaleza de la que es parte— es social. La experiencia estética es una manifestación, un registro y una celebración de la vida de una civilización, un medio de promover su desarrollo, y también el juicio último sobre la cualidad de una civilización. Porque mientras los individuos la producen y la gozan, esos individuos son lo que son en el contenido de su experiencia, a causa de las culturas en que participan (LW 10, p. 329).

Una obra de arte no debe identificarse con un producto artístico. El producto artístico es físico y potencial, mientras que la *obra de arte es activa y se experimenta*. El producto artístico es una obra de arte solo si se ve como la culminación de las transacciones del creador y solo cuando entra en transacción activa con el observador. Una obra de arte es recreada cada vez que alguien la experimenta estéticamente. En consecuencia, una obra de arte solo está completa cuando entra en la experiencia de aquellos que activamente la comparten tomando parte de ella. A través del arte, sentidos y objetos resultan clarificados y reforzados por la creación de una nueva experiencia. El artista puede crear una experiencia nueva, pero lo hace naturalmente a través de un medio concreto. El material a partir del que se crea una obra de arte incluye los significados, los valores y las emociones extraídas de la experiencia pasada. Estos significados y

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

valores son expresados más que enunciados. Aunque el arte tiene significado, confundimos la importancia de este significado si aplicamos al arte criterios aplicables a la investigación científica. El propósito del artista no es comunicar sino que la comunicación es una consecuencia de una obra de arte. El arte comunica a través de la celebración de las cualidades de la experiencia humana. Su celebración es un disfrute de la experiencia ordenada. El arte comunica porque nos acerca a unidades alógenas la experiencia. Y la forma especial en la que el arte comunica es por medio de la imaginación; el arte presenta una nueva experiencia.

Ahora bien, para evitar caer en una inverificable psicología del arte, Dewey nos dice que todo esto debe ser determinado mediante una observación empírica, y que lo que se *percibe* no está en el objeto, ni en el sujeto, sino en la relación interna activa entre ambos. De esta manera vemos que la contribución humana a la experiencia estética no solo es biológica, sino también social. Ciertamente, la experiencia estética es siempre mucho más que estética. Nos dice algo sobre la naturaleza, sobre la sociedad, sobre la cultura específica en la que se da. El objetivo de Dewey en *El arte como experiencia* (1934) fue demostrar que la apreciación estética implica mucho más que solo mirar pasivamente obras de arte. El experimentar arte requiere de una activa participación perceptual para descubrir las específicas técnicas de composición y forma artista que se utilizan y evocan una impresión general y sentir del trabajo. Dewey nos dijo que la experiencia inteligente se concibe como una relación percibida entre el hacer y el padecer, y ella nos capacita para entender la conexión que el arte como producción y percepción, y la apreciación como goce, sostienen recíprocamente. Dewey quería establecer un riguroso estándar para la apreciación estética, exigiendo que el espectador emprenda la recreación de las técnicas y procesos perceptuales a través de los cuales se crea la obra. La percepción humana implica una reconfiguración dinámica y continua de cómo nuestros cuerpos están situados en el espacio y el tiempo, de tal forma que la energía está siendo constantemente redistribuida para apoyar nuevas perspectivas, al tiempo que mantiene en la memoria la sensación de lo que fue vivido.

Todo vivir del hombre implica una selección, elección y decisión. Cada una de estas acciones puede ser llevada a cabo de manera inteligente. Es decir, puede haber una elección inteligente. La reflexión surge de un conflicto de valores y la evaluación requiere discriminar y elegir. Podemos formular nuevos fines o metas por alcanzar, y comprendiendo la naturaleza podemos descubrir cómo realizar estas metas. Si tenemos éxito al realizar los fines, alcanzamos consumaciones, es decir, experiencias fundadas por los resultados de nuestra investigación. Estas consumaciones son experiencias que se caracterizan por su armonía,

integridad y completitud. Están impregnadas de una alta cualidad estética, que las distingue de otras experiencias. Podemos decir que nuestra experiencia pasa del disfrute inmediato de la *experiencia ordinaria* o cotidiana al *examen crítico* de cómo deberíamos deliberar, en todo proceso de transformación de la experiencia, y de la evaluación crítica a la experiencia de *consumación* y *culminación* de la experiencia.

En relación con lo que hemos llamado *ética de la investigación* podemos decir que en “la lógica de los juicios de la práctica”, Dewey explica su concepción de la relación de los hechos a los valores científicos y juicios prácticos. Él no estaba especialmente interesado en el papel filosófico de la construcción de uno de ellos. Este es el tema de debate en la *Democracia y educación*, un libro que bien podría haberse titulado “La democracia como la educación”, subtítulo “La vocación de la filosofía”. Podríamos decir que lo que Dewey expone en este texto es la filosofía de la concepción de la filosofía. Antes de su ruptura con el idealismo, Dewey había visto a la filosofía como la máxima expresión de la necesidad de saber. La vocación de la filosofía era la completa y ordenada comprensión del mundo, una comprensión a la que las ciencias especiales realizan sus varias contribuciones fragmentarias. Las posteriores transformaciones en su concepción del conocimiento y la ciencia hizo imposible a Dewey seguir manteniendo esta concepción de la filosofía o su relación con las ciencias especiales. Ya que no pensaba del mundo como perfecta creación eterna del eternamente consciente; él ya no cree que esté dotado de un orden inalterable que podría ser el negocio de la filosofía de transcribir. A la filosofía tendríamos que encontrarle una nueva vocación.

Su *Ética* señala el camino; la teoría ética debe convertirse en el ala teórica de ciencia práctica profesional, en gran medida experimental, y realizada por los científicos. La antropología, sociología, psicología y fisiología investigan los materiales de la conducta humana y el carácter. Estas ciencias, formulan hipótesis acerca de cómo determinados objetivos pueden alcanzarse, en qué circunstancias, cuáles serán sus efectos, y a qué costo. Y se realizarán pruebas para confirmar hipótesis. Pero el conocimiento de lo que puede hacerse no determina lo que debe hacerse. De hecho tampoco es la filosofía la que tiene el trabajo para determinar lo que debe hacerse. La determinación de lo que debe hacerse es el proyecto fundamental de la sociedad en general. La aportación de la filosofía es el desarrollo de los procedimientos y principios de la asistencia social y colectiva en la construcción y la evaluación de los ideales (los fines) de florecimiento humano y los materiales y los medios de su construcción. La concepción ética, se podría decir, tendría que enseñarnos a pensar de forma racional y críticamente en conflictos y ante valores inconmensurables. En *Democracia y educación*,

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acció

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

Dewey hace de este planteamiento un paso más allá. Dice que cada rama de la filosofía opera en la intersección de la ciencia y la cultura humana; escribe:

La ciencia positiva implica siempre *prácticamente* los fines que concierne alcanzar a la comunidad. Aislada de tales fines, es indiferente que sus descubrimientos se utilicen para curar las enfermedades o para difundirlas, para aumentar los medios de sostener la vida o para fabricar material de guerra para destruirla. Si la sociedad se interesa por una de estas cosas más que por la otra. La ciencia muestra los medios de lograrlo. La filosofía tiene así una doble tarea: la de *criticar* los fines existentes respecto al estado actual de la ciencia, indicando los valores que han quedado anticuados por el dominio de nuevas virtudes y mostrando qué valores son meramente sentimentales porque no existen medios para su realización; y también la de *interpretar* los resultados de la ciencia especializada en sus efectos sobre el trabajo social futuro (MW 9, p. 339).

La filosofía tiene una doble vocación: *crítica* y *constructiva*. En primer lugar, la filosofía, además de analizar y criticar objetivos humanos (sean las que fueren) y su relación con los recursos disponibles, señala lo que significan realmente los objetivos de referencia a la práctica y de los rodamientos de un compromiso social con ellos. En segundo lugar, debido a que la ciencia y la tecnología corren por delante de nuestra comprensión de su uso y significado, la filosofía ayudará en el diseño de nuevas instituciones y prácticas mediante las cuales nuevas ideas y competencias pueden hacer un uso humanamente más fructífero. Filosofía, como Dewey la concibe actualmente, es en un sentido análogo a la arquitectura: ni arte ni ciencia, sino que se relacionan con aplicación al diseño de nuevas construcciones y mejoras o sustituir por las viejas; la analogía, sin embargo, no está completo. Mientras que la arquitectura (en el plano práctico al menos) es abordada con el diseño de construcciones particulares, la filosofía se ocupa del diseño de los dibujos y los principios generales por los que determinados diseños pueden ser guiados y evaluados. Por tanto, Dewey afirma que “la definición más penetrante de la filosofía que puede darse es, entonces, que es la teoría de la educación en su fase más general” (MW 9, p. 341). Para Dewey, la filosofía es una educación general en los principios del pensamiento como un proceso de duda-investigación o de solución-problemas. La concepción de su ética, en concreto, es la educación en los principios del pensamiento racional adecuados para la resolución de dudas o problemas acerca de los valores. Al parecer la irreverente, “ingeniería” con respecto a los problemas de acción colectiva y organización social de la ética pragmática de la filosofía de Dewey siempre ha sido preocupante

para quienes, como Russell, le cabe la duda de que un criterio pragmático de comunidad no pudiera reconocer ni respetar los derechos de las minorías y los intereses, siempre que su sacrificio permitieran una más eficiente ingeniería de la armonía social y la prosperidad de la mayoría.

La *Ética* de 1908 no habían mejorado las cosas en lo que respecta a contemporáneos de Dewey. Después de su construcción, en la parte II de los principios teóricos para la valoración racional de los hipotéticos cursos de acción, individuales y sociales, uno habría esperado de Dewey que pudiera demostrar la efectividad de los principios de la parte III, de utilizarlos para seleccionar, entre otros, los principios de justicia social. Pero esas expectativas se han visto defraudadas. En su contribución a la parte III, los capítulos titulados “La organización social y lo individual” y “La sociedad civil y el Estado político”, Dewey habla principalmente sobre la dependencia del desarrollo individual y el florecimiento de las instituciones sociales. A continuación se propone utilizar esta relación para poner a prueba la eficacia práctica de las instituciones sociales y sus prácticas particulares:

La prueba es la de saber si una determinada costumbre o ley libera capacidades individuales de tal manera que estuvieran a disposición para el desarrollo de la felicidad general o el bien común. Esta fórmula estados, la prueba con el énfasis, recae en el lado de la persona. Esta información puede ser declarada desde el lado de vida asociada de la siguiente manera: la prueba consiste en determinar si el general, el público, la organización y el orden son promovidos de manera tal de igualdad de oportunidades a todos (MW 5, p. 431).

Por razones que no explica Dewey, en su *Ética*, evidentemente cree que es la libertad, en lugar de la justicia, la primera virtud de las instituciones sociales. Más concretamente, se trata de “libertad efectiva” que significa tanto la libertad de interferencia por parte de otros, así como la libertad para ordenar los recursos esenciales para la realización de sus propios deseos y objetivos, que es para Dewey la primera virtud de organización social. Si uno se ve obligado a declarar cuál es exactamente su concepción de justicia, probablemente podría decirse que era simplemente la *elección racional* de instituciones o actos. Las sociedades y sus miembros son más o menos lo mismo que sus instituciones y las acciones más o menos contribuyen a la efectiva libertad. Es decir, las instituciones y las leyes son justas si son racionales para un grupo.

En relación con lo que llamamos la *estética de la investigación*, el arte es una actividad en la que se dan simultáneamente medio y consecuencias, el proceso

y el producto, lo instrumental y lo final. Y subrayar esta separación con miras a exaltar lo final, no define ni interpreta el arte, ni la experiencia. Una cosa es afirmar que los fines y las satisfacciones de la experiencia no pueden fijarse desatendiendo los medios, y otra muy distinta afirmar que la vida valiosa del hombre consiste meramente en una búsqueda continúa de tales medios. Cada forma de la experiencia manifiesta fases que son, a la vez, medios instrumentales y fines ligados a esos medios. Pero el modo de experiencia que denominamos estético, difiere de otros en que revela de una manera preeminente esta íntima fusión de lo que es instrumento o medio y fin, de un modo tal que no llegamos a ser conscientes de que haya separación alguna entre ellos. La conexión de los medios y las consecuencias no es nunca una mera sucesión en el tiempo, tal que el elemento que es medio pase y desaparezca una vez bien sentado el fin. Un proceso activo se desarrolla temporalmente, pero hay a cada estadio y etapa un depósito que entra acumulativa y constitutivamente en el resultado. Para Dewey, una verdadera instrumentalidad: *para*, es siempre órgano *de* un fin. Ella presta una continua eficacia al objeto al que está incorporada. Dewey considera que hay un significado específico de arte, en el que las obras de arte son el *producto-fin*. Este modo de actividad presenta una continuidad con el aspecto artístico (creación) y el estético (consumación) tal como estos se manifiestan en toda experiencia. Pero decir que guarda tal continuidad no es negar su función única.

LA DEMOCRACIA COMO TAREA

Cuando reconocemos que la vida es un arte, que el hombre tiene una tarea fundamental en la estructuración de su propio ambiente y, por ende, darse forma a sí mismo, volvemos nuestra atención a cómo llevarlo a cabo más inteligente e imaginativamente. El hombre no es capaz de construir un futuro mejor con solo desearlo. Nada que valga la pena se puede conseguir sin una transformación significativa de las instituciones sociales que son el medio vital. Dewey creía en la posibilidad de que podamos hacer de este mundo un mundo mejor. Pero era consciente de que esto puede requerir una buena voluntad, no solo en nuestras acciones sino también en nuestras creencias. Si hay una preocupación general que impregna la filosofía de Dewey, es el mejoramiento de la calidad de la actual experiencia por sus propios recursos. Es cierto que Dewey quería indagar sobre las posibilidades de profundizar la democracia, para conseguir una mayor relación orgánica entre arte, tecnología, negocios, y las ciencias, y a la extensión del método empírico en todos los aspectos de la vida. Como antes dijimos, para que el espíritu científico se haga efectivo en nuestra vida social y moral deber

ser alcanzado en el marco de la vida compartida de la comunidad. Dewey nos presenta a la democracia como la condición social de nuestra práctica como sujetos que quieren conocer el mundo. Lo que Dewey quiere argumentar, en sus primeras y últimas obras, es que la democracia es la precondition para la aplicación de la inteligencia a la solución de los problemas sociales. Necesitamos del método de la inteligencia (el método científico) para encontrar cuáles son nuestros fines-en-perspectiva, tanto como para encontrar qué medios han de ser usados. La democracia es una condición previa para el uso del método de la inteligencia en la vida social.

Dewey en *La ética de la democracia* (1888) defiende la idea de una democracia participativa. Por esta razón, critica la idea de “definir a la democracia meramente como gobierno de muchos, como una amalgama de soberanía. Esta definición muestra a una sociedad disuelta y aniquilada” (EW 1, p. 231). Para Dewey la democracia es un *ideal moral*, una manera personal de vida, que ha de ser encarnada a diario en diversas prácticas. La democracia no era fundamentalmente un conjunto de instituciones, procedimientos formales o garantías legales. Lo que Dewey destaca es la cultura y la práctica cotidiana de la democracia. Además, para Dewey la esencial socialidad de los seres humanos tiene una importancia tanto descriptiva como *normativa*. Según Caspar William (2011): “la socialización de la inteligencia es uno de los requisitos para la materialización social de la democracia. La inteligencia es nuestra en la medida que aceptamos la responsabilidad social de sus consecuencias” (p. 14).

Dewey argumenta que cualquier teoría sobre los seres humanos que no sea capaz de reconocer que estos no son átomos no-sociales es defectuosa. Cuando se asume la dimensión normativa que tiene esta distintiva socialidad de los seres humanos, se desemboca en la idea de que la democracia es un *modo de vida*.

Afirmar que la democracia es solo una forma de gobierno es como decir que un hogar es una disposición más o menos geométrica de ladrillos y morteros, que una iglesia es edificio de bancos, púlpitos y pináculos. Es cierto: en gran medida son eso. Pero es falso: son infinitamente más que eso. La democracia, como cualquier otro fenómeno político, ha sido definida con sutileza como la memoria de un pasado histórico, la conciencia de un presente vivo y el ideal de un futuro por venir. La democracia, en una palabra, es de naturaleza social, esto es, comporta una concepción ética y sobre esa dimensión ética reside su relevancia como forma de gobierno. La democracia es una forma de gobierno solo porque es una forma de asociación espiritual y moral (EW 1, p. 240).

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acció

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

En *Democracia creativa* (1939), Dewey define a la democracia como un modo de vida personal que no está guiado por la mera creencia en la naturaleza humana en general, sino por la fe en la capacidad de los seres humanos para juzgar y actuar inteligentemente en las condiciones apropiadas. La democracia se basa en el convencimiento de que todo ser humano es capaz de responsabilidad personal y de iniciativa individual.

La democracia es un modo de vida orientada por una fe práctica en las posibilidades de la naturaleza humana. La creencia en el hombre común es uno de los puntos familiares del credo democrático [...] Abrazar la fe democrática significa creer que todo ser humano, independientemente de la cantidad o del nivel de sus dotes personales, tiene derecho a gozar de las mismas oportunidades que cualquier otra persona para desarrollar cualquier aptitud que posea. La creencia democrática en el principio de iniciativa revela generosidad. Es universal. Es la creencia en la capacidad de todas las personas para dirigir su propia vida, libre de toda coerción e imposición por parte de los demás, siempre que se den las debidas condiciones (LW 14, P. 226).

Refiriéndose a esta fe democrática, Robert Westbrook (1999, p. 15) dice que la creencia de Dewey en la democracia como ideal ético reclama de hombres y mujeres que construyan comunidades en las que las oportunidades y los recursos necesarios estén a disposición de cada individuo, para que este realice completamente sus capacidades particulares y sus poderes a través de la participación en la vida política, social y cultural.

Como dijimos antes, Dewey fue desarrollando sus ideas sobre la democracia al tener como interés principal la necesidad de la comprensión del problema práctico. La pobre calidad de la experiencia moral fue la preocupación subyacente de Dewey y de su visión democrática. Dewey menciona la intolerancia, la falta de unidad, la polarización, el absolutismo, el relativismo, la represión, el consumismo, y la frialdad como algunas de las actuales amenazas al espíritu de la democracia. En este difícil entorno social, la noción de la democracia como un simple mecanismo político que salvaguarde los derechos individuales, parece insuficiente porque no aborda el problema de cómo los empobrecidos caracteres de nuestra experiencia están vinculados a nuestras interacciones cotidianas. Dewey pensaba que los grandes peligros de la democracia son internos a la misma y tienen lugar cuando el *ethos* y las prácticas democráticas se ven socavadas:

La intolerancia, los abusos, los nombres apuntados en listas negras por diferencias de opinión en temas religiosos, políticos o económicos, y también por diferencias de raza, color, riqueza o nivel cultural, son una traición al modo de vida democrático (LW 14, p. 227).

Por esta razón, para Dewey debemos *reconstruir el ideal de la democracia*. Garantías legales y formales de la libertad y la igualdad de individuos aislados no garantizan una mayor experiencia democrática. Una filosofía de la democracia también debe dirigir su atención al hábito, el carácter, la interacción, la comunicación y la dimensión cualitativa de las situaciones. La democracia como experiencia significa que la enseñanza primaria, y prueba definitiva de la democracia como ideal, es la mejora de las actuales dificultades. También significa que la democracia se esfuerza por tener ciertas experiencias enriquecedoras y significativas.

Frente a otros modos de vida, la democracia es el único inspirado y sostenido por la firme creencia en el proceso de la experiencia como fin y como medio, en la experiencia que puede generar una ciencia, única autoridad digna de confianza para dirigir la experiencia ulterior, y que libera las emociones, necesidades y deseos, hasta traer a la existencia las cosas que no existieron en el pasado. Porque todo modo de vida carente de democracia limita los contactos, los intercambios, las comunicaciones y las interacciones que estabilizan, amplían y enriquecen la experiencia. Esa liberación y el enriquecimiento son una tarea que debe acometerse en el día a día. Puesto que esa tarea no puede tocar fin hasta que la experiencia misma finalice, el cometido de la democracia es y será siempre la creación de una experiencia más libre y más humana, en la que todos participemos y a la que todos contribuyamos (LW 14, p. 229-230).

En este texto vemos cómo Dewey vincula democracia y ciencia, manifiesta su concepto de experiencia y del proceso de la experiencia como medio y como fin, su énfasis sobre la comunicación y la interacción, en definitiva, está vinculando su comprensión de la democracia con toda su filosofía. Dewey se empeñó en el trabajo de lograr una reconstrucción de la filosofía. Para Dewey gran parte de la filosofía había perdido contacto con las maneras en las que se practica la investigación, especialmente la investigación científica. Para él la filosofía tenía mucho que ver con la visión, la imaginación y el significado, así como con la adquisición de una perspectiva crítica sobre los problemas de la sociedad, y con la capacidad de proyectar ideales encaminados a conseguir un futuro más deseable.

El problema de la filosofía es definir los rasgos deseables de las formas de vida comunitaria que existen realmente, y utilizarlos para criticar los aspectos indeseables.

Ahora bien, ¿cuáles son para Dewey los aspectos indeseables más urgentes para criticar? Son los aspectos que tienen que ver con el carácter de nuestras vidas morales y políticas, el problema de la *práctica humana*, en el sentido de acción humana. La cuestión que Dewey consideró como central fue la del carácter moral de la vida comunitaria, pues la democracia es la idea de la vida comunitaria en sí misma. En definitiva, Dewey estaba preocupado por la ruptura y desarticulación entre ciencia y praxis.

Dewey no quería apropiarse solo de un conjunto de procedimientos formales de decisión o de reglas para avanzar y justificar hipótesis científicas y teorías. Dewey concibió la ciencia como un conjunto de prácticas interrelacionadas en el sentido de prácticas sociales que poseen sus propios criterios internos de excelencia, que requieren y presuponen unas determinadas virtudes. Era, en definitiva, la actitud abierta para su práctica exitosa, la disposición a someter hipótesis y crítica pública, el carácter intrínsecamente comunal y cooperativo del método científico, todo aquello que Dewey consideraba importante revalorizar de la ciencia. Por esta razón, si queremos dedicarnos a la tarea de realizar concretamente la *democracia creativa* de la que Dewey habla, son estas virtudes las que debemos cultivar a diario en nuestra vida moral y política.

La posibilidad de una democracia creativa es para Dewey la posibilidad de profundizar y ampliar la experiencia actual. La democracia como experiencia significa que surge, y es, en última instancia justificada por tener ciertas experiencias en situaciones particulares. La experiencia está sujeta a mejoramiento cualitativo, es decir, puede profundizarse y ampliarse. Ampliar la experiencia de los niños debe ser la consecuencia de haber crecido en una comunidad donde ciertas virtudes son alentadas. Pero amplitud no garantiza profundidad. Ampliación y expansión individual y de la comunidad no son mejoras en la experiencia si no existe una verdadera operación entre sus partes, es decir, el tipo de interacción recíproca y sincera cuando las partes se ven afectados. Para Axel Honneth, la hipótesis de Dewey es que la plenitud es generalmente mejor que tanta indecisión o interacción superficial y que la cooperación y la solidaridad son rasgos positivos. Donde hay aislamiento, segregación, fragmentación y polarización hay barreras que pueden empobrecer la vida de todos (Honneth, 1998, p. 780). Dewey afirma que la democracia mejora la cualidad de nuestra experiencia. Ello significa que su interacción es enriquecedora y significativa.

La pobre calidad de la actual experiencia moral fue la preocupación subyacente de Dewey y de su visión democrática. Este es el contexto en el que el ideal

de reconstrucción de la democracia de Dewey adquiere plausibilidad y función. De hecho, la importancia del ideal de Dewey hoy puede atribuirse al hecho de que nuestra sociedad todavía adolece del mismo medicamento genérico, dolencias que nos impiden tener una mejor calidad de la experiencia compartida. Cuando uno lee a Dewey hoy suena profético. Él menciona la fragmentación, la falta de unidad y variedad, una heterogeneidad que conduce al aislamiento, una homogeneidad que sofoca, la polarización, el absolutismo, el trabajo fatigoso, el relativismo, la represión, el consumismo, la banalidad, la superficialidad, los impulsos ciegos, y la frialdad de las actuales amenazas al espíritu de la democracia.

Un diagnóstico completo sobre por qué las actuales formas de vida, incluso en una sociedad que se dice democrática, son modeladoras, deben ser buscadas en muchos frentes. Dewey dirigió varios frentes, incluyendo los económicos, sociológicos, políticos y diferente dimensiones de los problemas de su época. Nos advirtió que la esperanza de una cultura democrática puede ser dañada por una creciente cultura del dinero que subordina la calidad del actual proceso de la vida a algunos de los futuros productos cuantificables. Esta es una cultura en la que el gran valor es el de mercado, la única libertad que obtiene es de carácter económico, y las únicas virtudes que se alienta son las que están relacionadas con la actividad empresarial y la competencia. Dewey también estaba preocupado por la rápida evolución de la tecnología y los medios de comunicación que amenazaban las creencias tradicionales y han puesto a prueba la calidad de nuestras interacciones cotidianas con los demás. “Los cambios en política interna, económica, política y las relaciones han traído consigo un grave debilitamiento de los vínculos sociales que mantienen a las personas unidas en clara y fácilmente reconocibles relaciones” (LW 7, pp. 233-234).

El descontento con las condiciones actuales que Dewey tiene no le llevan a un diagnóstico simplista, sino a una verdaderamente compleja gama de problemas interrelacionados. El papel que desempeñó como filósofo fue el de criticar los dualismos que continúan afectando las formas en que nos acercan a estos problemas y el de las nociones reduccionistas de la democracia que no nos permiten avizorar mejores posibilidades. Una filosofía de la democracia debe dirigir su atención al hábito, el carácter, la interacción, la comunicación, y la dimensión cualitativa de las situaciones. Se debe tener en su inicio y final del vivido proceso, una lucha por la democracia. La democracia debe ser concebida como un conjunto complejo de las transacciones en las que cada individuo tiene una alta calidad de las experiencias compartidas; donde, por ejemplo, otros son espontáneamente, y nosotros experimentamos directamente de una manera determinada.

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

La tendencia hacia los extremos de una sociedad que quiere ser democrática no es, desde el punto de vista de Dewey, sorprendente. Está arraigada en las tensiones presentes en la naturaleza misma de la experiencia. La democracia es, para Dewey, parcialmente, una propuesta sobre cómo enfrentar estas tensiones. Es acerca de cómo mantener el orden, la unidad y la estabilidad sin dejar de reconocer la incertidumbre, el cambio, la individualidad y el pluralismo. Pero para apreciar las posibilidades de profundizar la democracia tenemos que ampliar su significado e incluir la forma de tomar decisiones colectivas, de cómo tratar con la experiencia de otros, de cómo comunicar, de cómo afrontar los problemas y desacuerdos, de cómo los grupos deben interactuar, y de cómo atender a la experiencia en general.

La democracia no puede ser exportada o impuesta. Tampoco es algo que surge automáticamente por la simple eliminación de lo que oprime al pueblo, ya sea un Estado o las fuerzas de la opinión pública. Tampoco bajo nuestro control directo podemos crear una más inteligente, estética y forma de vida democrática. La democracia no puede ser importada, pero podemos brindar las condiciones para su aparición. Solo podemos preparar el suelo, y la reconstrucción debe provenir de dentro de las interacciones cotidianas. Es la continua investigación sobre los medios indirectos la clave para encontrar la manera en que podemos democratizar la experiencia. La fe en la democracia es un compromiso que es equilibrado con la crítica, e infundida de una humildad que proviene de la concientización sobre la forma de tensión y precariedad que buscamos. Sin conciencia de que existe una crisis de la democracia, no hay una situación problemática que puede conducir a la investigación sobre cómo mejorar las condiciones actuales.

CONCLUSIÓN

Para Dewey, la sociedad como un modo que tienen los hombres de compartir sus experiencias y de crear intereses y finalidades comunes mediante su mutua asociación requiere de un tipo de asociación voluntaria y cooperativa encaminada a la constitución de una sociedad mejor. Esta *acción cooperativa* tiene que ser un proceso activo en el que tanto lo individual como lo institucionalmente organizado se encuentra subordinado, y la libertad es el medio por el cual cada uno de los miembros de una asociación puede funcionar al límite de su capacidad y así fortalecer a la sociedad. Aquí Dewey nos habla desde una perspectiva orgánica que reconoce que el individuo y el Estado, o la institución social, son dos aspectos de la misma realidad. Por otro lado, la característica distintiva de la experiencia humana es la emergencia del lenguaje y de la comunicación. La

sociedad, para Dewey, debía estar animada por un intenso espíritu cooperativo y por la posibilidad de aplicar la inteligencia para la resolución colectiva de problemas. Esto suponía hacer de la sociedad capitalista una nueva comunidad de comunicación. No se trataba de volver a ciertas formas de comunidad previas a la revolución tecnológica, sino en fomentar canales físicos de comunicación e inculcar hábitos intelectuales sólidos para la constitución de públicos competentes y comprometidos. Para Dewey la opinión pública solo podía darse plenamente si se controlaban las conexiones indirectas entre individuos, grupos y esferas de acción. El público debía apropiarse creativamente de las herramientas físicas de la comunicación. El problema no es que las masas necesitaran ser controladas por mecanismos racionales especializados, sino que los nuevos medios de comunicación adquieran pleno valor público. Por esta razón se trataba de alcanzar un perfeccionamiento de los modos de comunicación. En consecuencia, para Dewey la acción social pública debía regirse por una mejor y más productiva *acción comunicativa*. Por último, Dewey nos propone a la *democracia* como la condición social de nuestras prácticas como sujetos que quieren conocer el mundo. La democracia es la precondition para la aplicación de la inteligencia a la solución de los problemas sociales. En la democracia encontramos elementos que nos posibilitan unificar todas las fases de la experiencia y de esta manera ser fieles al carácter *integral* que mantiene la tensión y el equilibrio de esta. Si la *acción democrática* puede inspirarse en la ciencia no es porque esta encarna un ideal abstracto de conocimiento, sino porque su progreso depende de un esfuerzo común para adquirir más y mejor experiencia, un intento de diseñar *medios* colectivos para adquirir *finés*, corregirlos y mejorarlos. En consecuencia, todo proceso de transformación (medios-fines) de la sociedad por medio de la ciencia (dirección inteligente de la experiencia) y el arte (producción, percepción y apreciación de la experiencia) se realizan a través de acciones cooperativas y comunicativas colaborando en la reconstrucción de una *experiencia inteligente, creativa y democrática*.

Si el filósofo tiene la responsabilidad no solo de *proyectar* y defender racionalmente ciertos *ideales* para alcanzar un futuro más deseable, sino también de aclarar qué *medios* los llevarían a la práctica, entonces podemos preguntarnos *cómo* pensaba Dewey que su propuesta de una *democracia creativa* podría realizarse como un fin-en-perspectiva. Dewey no proporciona respuestas, instrucciones específicas, o un seguro método para resolver el desacuerdo moral o fomentar la democracia. En su lugar, pensaba que era más apropiado para la filosofía saber dónde mirar y cómo buscar orientación. Según Dewey, cuando miramos lo hacemos hacia los recursos en que estas mismas situaciones requieren un mejoramiento. Entre estos posibles recursos encontramos los principios

Mercau: El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acció

El proceso de experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática

y las costumbres. En vez de prescribir lo que hay que hacer, la filosofía debe estar preocupada por las cuestiones que son sin duda más generales; la mejor manera de prepararnos ante problemas morales sería la de preguntar, cómo comprometernos y preguntar en situaciones, cómo interactuar con otras personas y afrontar el desacuerdo, y la forma de poner a prueba las reformas que se realizan, presumiblemente en aras de la democracia.

Dewey se centró en el cómo proceder y le preocupaba criticar el hecho de que cuántos individuos y comunidades hacen frente a problemas morales y sociales. Para él, la falta de medios democráticos para manejar los problemas e interactuar con los demás, únicamente alientan a los no-hábitos democráticos y no democráticos de nuestra forma de vida, no importando cuán democrática pueda ser nuestra maquinaria política. Por ejemplo, los individuos u organizaciones están trabajando en contra de la democracia al momento de tomar decisiones y resolver problemas en la parte superior imponiendo normas rígidas, sin escuchar a aquellos que están más próximos a la situación, o cuando se apoyan en un criterio uniforme para todos los problemas, lugares y personas. La tarea democrática nos obliga a ser críticos de presiones del mercado para obtener una ganancia, y de las nuevas tecnologías para privar a la gente de la autonomía y de ejercer su criterio y nutrir sus relaciones personales.

Para Dewey, si realmente nos preocupa la democracia, las actividades y los ambientes que fomentan hábitos que trabajan contra la democracia debe ser criticado en todos los niveles y en todas las relaciones, por ejemplo, en las familias y en el funcionamiento cotidiano de una empresa. Una *reforma democrática* debe ser incluyente, y es especialmente importante que se desprenda desde dentro de las relaciones que son la mayoría de las veces, local, personal, espontánea, voluntaria y directa. Al final, lo que Dewey propone es un programa de más trabajo, una tarea interminable que requiere que los que no han perdido su fe en la democracia, un compromiso que es equilibrado con la crítica, e infundida de una humildad que proviene de la concienciación sobre la forma de tensión y precariedad que buscamos. De todos los problemas de la democracia, la que me parece más urgente hoy es, simplemente, que la democracia no es vivida como una tarea o problema. Esto ocurre cuando se da por sentado, o peor aún, cuando muchas personas no tienen ningún ideal o un sentido de cómo las cosas podrían ser mejor. Sin conciencia de que existe una crisis de la democracia, no hay una situación problemática que puede conducir a la investigación sobre cómo mejorar las condiciones actuales. Por ello, una democracia creativa o radical, como la llamaba Dewey, es todavía una tarea por delante, en la que tendremos que reconstruir la experiencia, en las que la libre comunicación, el debate público, la persuasión racional y la acción de compartir se integran en nuestras prác-

ticas cotidianas. El principio fundamental de la democracia es que los fines de la libertad y la individualidad para todos solo pueden ser alcanzados a través de los medios que concuerdan con tales fines. Este ideal de democracia radical no es un ideal utópico, sino que es un fin-en-perspectiva que puede, aquí y ahora, orientar nuestras acciones. Se trata de un ideal que sirve como un patrón crítico para evaluar las deficiencias de las democracias reales y que sirve como guía para la acción concreta.

El fin de la democracia es, por sí mismo, de naturaleza radical. Pues se trata de un fin que jamás ha llegado a lograrse en ningún país ni en ninguna época. Es un fin radical por cuanto requiere grandes cambios en las instituciones existentes, en instituciones sociales, económicas, legales y culturales. Cuando el liberalismo democrático no reconoce estos puntos ni en la teoría ni en la acción práctica deja de ser consciente de su propia significación y de las exigencias que esta impone (LW 11, p. 299).

REFERENCIAS

- Caspary, R. (2000). *Dewey on Democracy*. Ithaca: Cornell University Press.
- Dewey, J. *The Early Works: 1882-1898* (5 volúmenes, 1969-1972); *The Middle Works: 1899-1924* (15 volúmenes, 1976-1983); *Later Works: 1925-1953* (17 volúmenes, 1981-1991). Southern Illinois University Press.
- Dewey, J. (1915). The Logic of Judgments of Practice. *Journal of Philosophy, Psychology, and Scientific Methods*, 12, 505-23, 533-43. Reeditado en MW 8:14-82.
- Faerna, Á. (1996). *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento*. Madrid: Siglo XXI.
- Honneth, A. (1998). Democracy as Reflexive Cooperation: John Dewey and the Theory of Democracy Today. *Political Theory*, 26(6), 763-783.
- Westbrook, R. (1991). *John Dewey and American Democracy*. Ithaca: Cornell University Press.